

LA ROSA DEL CASTILLO DE BENALADID

Esta leyenda me la remitió mi compañero de magisterio don Francisco Gutiérrez García, a quien desde estas páginas le envió un fuerte abrazo, animándole a que siga escribiendo sus recuerdos y vivencias de Benaladid. Francisco Gutiérrez dedicó su tiempo de labor docente entre el Colegio Público de Benaladid y el Colegio de Padre Jesús de Ronda. Me contó un día que las fiestas de moros y cristianos todos los años se celebran en Benaladid a finales del mes de Agosto, desde tiempo inmemorial. Él ya había realizado o representado, digamos, todos los papeles y aquel año se vistió de general con todas sus medallas, estrellas, fajín, entorchados... Tras la representación popular, aquel grupo de caballeros cristianos al mando de su general subió a la parte alta del pueblo junto a la carretera comarcal Ronda-Algeciras a tomar una cerveza. En aquellos momentos y día, también un grupo de la Brigada Operativa Especial del Tercio Alejandro Farnesio IV de la Legión, con sede en Ronda, hacía prácticas cartográficas por la zona. Un grupo de soldados y suboficiales, al ver aquel general en la carretera y creyendo era uno de sus mandos, al momento se cuadraron y firmes como garrotes exclamaron: "¡A la orden, mi general. Sin novedad en las operaciones!".

Francisco Gutiérrez García, correspondió al saludo militar y, por unos momentos, pasó de ser actor de un personaje militar a teniente general en activo con mando y plaza. Francisco les comentó la razón de su presencia y vestimenta, a la vez que sonoras carcajadas de los soldados verdaderos y actores se mezclaron y todos con sana alegría fueron a tomarse una cerveza fresca, con tapas de

diversas carnes, al *Bar Vista Alegre* junto a la carretera. Esta anécdota sucedió a finales de Agosto de 1984. No sabemos si el oficial al mando de aquellos soldados legionarios, en su cuaderno de ruta o parte de incidencias, reflejaría lo acaecido..

Dicen y cuentan que en el Castillo de Benaladid vivía la princesa Fátima quien tenía un corazón cálido en el que reinaba Alí-Chafar-Ben-el-Fasi. Este joven pertenecía a una familia mozárabe estimada y muy considerada en la comunidad por su honradez, seriedad y cuantiosos bienes. Era descendiente de aquellas primeras familias hispanogodas que permanecieron en el pueblo de Benaladid tras la dominación árabe.

Nuestra jovencita princesa, por su belleza, generosidad y gestos afables, era orgullo del gran jefe del castillo, consuelo de los que se sentían heridos por el oleaje de la vida, cascabel riente que alegraba los pechos de los habitantes y siendo como el alma que hacía vibrar el discurrir diario de aquel recinto cerrado del castillo. La hermosura de su alma y de su cuerpo, como corrientes de vida y vigor, pasaban como por encanto a sus manos y se infundían en el color y la forma de unas flores maravillosas que afanosa cultivaba dentro y junto a los muros de la fortaleza. Pegadas a los torreones, mil variedades de flores hacían que aquel recinto pensado para la guerra emergiera como castillo de fábula, entre un vergel de flores cuidadas por una persona sensible y amante de lo bello.

El castillo de Benaladid perdía la aridez de su emplazamiento, desdibujada su estructura cuadrangular, para aparecer como algo surgido de un sueño de cuentos donde imperaban los colores armoniosos, las brisas perfumadas, los brillos de las sonrisas satisfechas e

ilusionadas, y suaves señuelos de amor en vez de los aceros y aspereza de la vida militar.

La doncellita Fátima, en un rincón del patio de armas, cultivaba con un cariño especial un rosal vigoroso; sus flores hermosas acogían los rayos del sol y devolvían la luz envuelta en un perfume arrobador. Mas, a pesar de tanta belleza de la llamativa planta, la princesa Fátima no se sentía satisfecha; algo fallaba para completar el toque de armonía y colorido de tan preciado rosal.

Cuentan que muchas noches la princesa Fátima las pasaba inquietas y en vigía forzada, pareciendo que aquel rosal blanco le hacía guiños y de entre el verde de sus hojas brotaban rosas azules, amarillas... pero sobretodo rojas. El color rojo se fijó en su mente y su deseo. “¡Rosas rojas! ¡Qué maravilla! ¡Qué hermoso sueño!”. A la sombra de los torreones del Castillo de Benaladid, Fátima pasaba las horas y horas con Alí. Se contaban sus quehaceres y aspiraciones, el discurrir diario y los afanes de un futuro pleno de felicidad y perpetua sonrisa; más bien se entrecruzaban los disgustos y fracasos, los sueños rotos y la realidad triste del vivir diario. Junto al amor que no ve más que luz y caminos, entre luceros surgían las negras nubes de las dificultades y del tropezar, algunas veces imaginarias y fruto de ilusiones fuera del normal acontecer del caminar diario. Fátima y Alí, con las manos entrelazadas, soñaban y reían y algunas veces aparecían las lágrimas en sus ojos. Las sombras de los paredones de la fortaleza cobijaron su intenso amor. Una tarde, transida su alma por aquel soñar atormentador dijo a Alí:

—Sabes de mi cariño por aquel rosal del patio. Conoces que es mi planta preferida, mas quisiera que sus flores en vez de blancas

fueran rojas. Nuestro amor, reflejo de nuestros corazones, tiene el mismo color de la sangre que los impulsa. Deseo que las flores de mi planta tengan ese mismo color, símbolo de la entrega y la pasión... ¡el rojo! Tú, Alí, que cultivas los campos y que estás familiarizado con los injertos y fecundaciones de las plantas has de conseguir que mi rosal tenga flores rojas en vez de blancas. Te quiero mucho, Alí, pero voy a poner a prueba tu cariño. Hasta que no consigas mi deseo no me casaré contigo.

El pobre muchacho quedó consternado. Su tristeza trascendía a su comportamiento en el seno de la familia y su entusiasmo por las cosas disminuyó, se enfrió su habitual ardor y disposición en todas sus cosas. Alí quería conseguir los anhelos de su amada, pero... ¿cómo? Empresa notable era dar cumplido fin a los deseos de su amada y conseguir tenerla para siempre a su lado. Preguntó a los demás ancianos de su familia cómo obtener la mutación de las rosas blancas en rojas. Nada podían hacer, bajaban sus cabezas y una gran tristeza invadía sus rostros. Consultó en la pequeña biblioteca de sus padres, en los antiguos tratados de agricultura y jardinería, pero escasos y confusos datos encontró que nada solucionaron. Parecía que todas las puertas se cerraban a sus deseos, llevándole sus pasos a mil direcciones más propias de un sonámbulo o de un loco desvariado, sin duda presionado por el intenso y exigente amor. En realidad era una locura, pero locura en ese campo maravilloso del amor que no ve obstáculos ni dificultades en que todo lo mide con la vara de su ansia y su soñar.

El pobre Alí estaba desconcertado pero al mismo tiempo presentía que dentro de sí estaba la solución de su problema, mas, ¿cuán grande era esta luz en la oscuridad de su padecer?

Un día, deambulando y completamente aturdido, se acercó al castillo de Benaladid. Atravesó la poterna y se adentró en el patio; allí junto al rosal, estaba Fátima, más bella y deseable que nunca. Abrió sus ojos y sus labios, aquella maravilla de niña de amplia sonrisa y le indicó: “¡Éste es el rosal!”.

Alí quedó inerte, como una estatua sin alma. Su espíritu volaba sobre las nubes, muy alto, allá en el campo de la fantasía donde viven las hadas que cumplen los deseos de los sueños. Como un muñeco sin habla, mecánicamente, se acercó al rosal y con gestos pausados y de autómata, abrió la camisa que envolvía su pecho y se arrodilló humildemente, tal vez enervado por su ardiente y apasionado cariño. Abrió sus brazos en estado febril y fuertemente se abrazó al rosal con movimientos y ojos abiertos desmesuradamente, preso de un estado anormal, tal vez como un poseso y en estado de delirante locura. Los pétalos de las rosas se abarquillaron formando una exquisita y agradable sonrisa. Apretó más y más hasta que sintió que las espinas se clavaban, atravesando su pecho en el propio corazón. Aquellas púas lacerantes golosamente bebieron la sangre de Alí y la llevaron a los vasos por donde circulaba la savia del rosal. Y la savia se enrojeció y caminó entre los tallos con un vigor desconocido, haciendo que las hojas adquirieran un verde luminoso fuera de lo común. El rostro del joven enamorado paulatinamente fue perdiendo el color, sus fuerzas le abandonaron y cayó exánime, abrazado a los tallos de aquel fatídico rosal.

—¡Abrazo y muerte, sangre roja y un amor sin medida!

Alí... allá en lo alto, cubierto su rostro por tenues luces rosadas de la tarde, sonreía. Fátima, transida de dolor, se abrazó al

cuerpo inerme del amado. De sus ojos brotaron lágrimas de intenso dolor, de profundo arrepentimiento por haberse dejado llevar por un capricho y un sin sentido.

Todo pasó, aunque en las tertulias se hablaba con tristeza de aquel fatídico suceso, enjugando los días y alejando en el recuerdo el pesar de lo acontecido. El rosal, aún más vigoroso, mostraba el brillo de sus hojas en la nueva primavera, emergiendo del suelo desafiante y orgulloso y poseedor de algo sublime teniendo entre sus tallos el secreto más maravilloso de un amor.

Cuentan que esa primavera creció con una pujanza inusitada y con la misma locura que le inoculó aquel desgraciado amante en su sangre y que buscaba afanosamente la luz para mostrar algo que le había donado el paso de la fantasía donde Allí dormía eternamente.

Una mañana, apenas amanecido el día, el patio de armas se llenó de gente. Gritos, risas y más de una lágrima hacían vibrar el aire mañanero. Algo pasaba que alteraba el fluir normal de los días de la vida en el recinto del castillo. Fátima, impelida por la curiosidad y por un impulso especial que hacía vibrar su alma con dulzura, haciéndole olvidar su tristeza permanente, bajó de su aposento. La gente abrió un respetuoso pasillo que conducía al rincón del rosal de aquel triste capricho. Quedó estática, sin fuerzas en sus piernas y el corazón latiendo intensamente como queriendo salir del pecho.

Allí, como la sonrisa más hermosa de un amanecer, balanceaba sus tallos el rosal, abriéndose en sus tallos unas rosas maravillosas; rosas de sus noches de sueños y sus amores en luz; rosas que

parecían besos petrificados de ansias y pasión, rosas tintadas por el color de la sangre... las rosas que Alí, en su último suspiro de amor, le ofreció.

¡Cuánto puede el amor y qué hermoso mecerse en el columpio de sus exigencias, de sus tristezas, de sus risas y lágrimas, de sus esperanzas y sueños! El Castillo de Benaladid sigue en pie. Hoy es recinto de recuerdos emocionados y respetuosos.

Cuentan.... que aquel célebre rosal desapareció, pero ante su puerta, en jardines y plazas todavía florecen cada año las rosas descendientes de aquel Alí enamorado.

